

Un futuro mexicano para México

Carlos Obregón

A partir del ensayo Un futuro para México, de Jorge Castañeda y Héctor Aguilar Camín, Carlos Obregón polemiza acerca de las diversas formas en que las naciones asiáticas y los países occidentales han enfrentado los arreglos institucionales necesarios para el desarrollo, y concluye que éstos deben insertarse en nuestras propias tradiciones históricas para lograr una evolución económica sustentable.

En este artículo trataré de explicar que la propuesta de Jorge Castañeda y Héctor Aguilar Camín en su ensayo *Un futuro para México* (Nexos, noviembre 2009, diciembre 2010 y Santillana Ediciones Generales, febrero 2010) está basada en un modelo de desarrollo económico que ya se considera fracasado a nivel mundial. Además, sostengo que el proyecto de nación que se emprenda debe sustentarse en las fortalezas de nuestra cultura, nuestra historia y nuestras instituciones; disiento de la visión de Castañeda y Aguilar Camín que pintan a un país “preso de su historia”, consideran que el futuro deseable exige romper con el lastre que representa nuestro pasado y urgen a dismantelar el andamiaje institucional que México ha construido. Finalmente, señalo elementos de su modelo —como la supuesta pujanza de nuestra clase media y la posibilidad de una mayor integración con América del Norte— que, a pesar de que ellos afirmen lo contra-

rio, son más un conjunto de buenos deseos que una base real para el desarrollo de México. En contraposición a la “música de futuro” que ellos apuntan, se presenta en este ensayo una propuesta, ambiciosa pero viable, para que México retome su desarrollo.

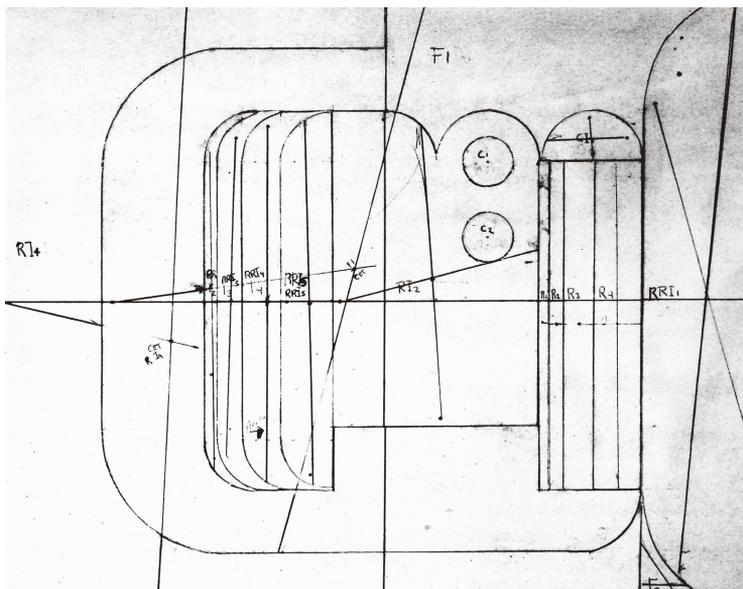
Por principio, considero que el eje central de la discusión sobre lo que debiera hacer México tiene que partir de la teoría del desarrollo económico, tema al cual he dedicado recientemente tres volúmenes (*Teorías del Desarrollo Económico*, Editorial Pensamiento Universitario Iberoamericano, 2008). En esta obra he mostrado que hay dos modelos de desarrollo económico que han sido exitosos y otros tres que han fracasado. Los dos exitosos son el modelo independiente occidental y el dependiente asiático. Los que han fracasado son el modelo independiente comunista, el de sustitución de importaciones y el dependiente occidental. Sin duda, el problema fundamental de la propuesta de Castañeda y

Aguilar Camín es que insisten en un modelo de desarrollo fracasado, el occidental dependiente. Este modelo se basa en un supuesto cuestionable: que es posible reproducir en países subdesarrollados las condiciones que dieron origen al desarrollo en Occidente. En la actualidad, la teoría económica ya ha señalado las razones de este fracaso y nos advierte por qué este modelo no podrá tener éxito en el futuro. Este modelo es el que ha guiado a México en las últimas décadas (en este sentido, Castañeda y Aguilar Camín proponen más de lo mismo) y fracasó. Fracasó igualmente en Argentina y en la reconstrucción de los países comunistas. La razón básica del fracaso de este modelo es que, como hemos aprendido, el equilibrio económico depende del arreglo institucional en el cual está inserto. Ésta fue la importante contribución del economista popularizado en la película *Una mente brillante*, John F. Nash, por la cual recibió el Premio Nobel: que existen distintos equilibrios económicos —llamados precisamente “equilibrios Nash” en su honor— que corresponden a distintos arreglos institucionales. Esto quiere decir que los mismos fundamentos económicos dan resultados distintos en diversos arreglos institucionales. Esto significa que el modelo de desarrollo occidental inserto en un arreglo institucional distinto simplemente no funciona.

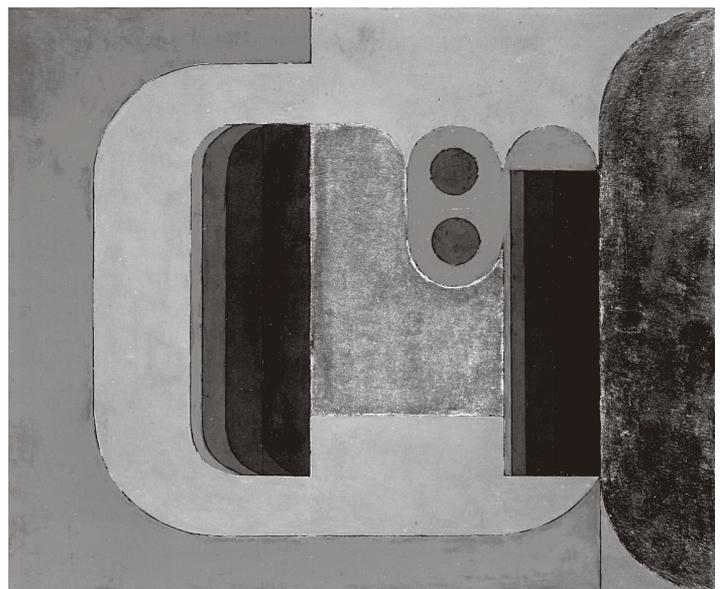
Todos los modelos de desarrollo que fracasaron buscaron imitar el desarrollo de Occidente. Sucumbieron ante la visión clásica y neoclásica de que aumentos de capital necesariamente se traducen en crecimiento económico. Esta aseveración, que fue cierta en la historia de Occidente, no se cumple en otros arreglos institucionales que evolucionaron en forma distinta. La primera víctima de la teoría del desarrollo basada en el ahorro y la acumulación de capital fue el modelo comunista. Rusia ahorró, tenía educación, capital, tecnología y sin embargo creció menos que África en la segunda mitad del siglo xx. ¿Por qué? Sencillamente porque el ahorro

no se traduce necesariamente en inversión productiva. El modelo ruso, sin una clase media amplia, fue incapaz de generar la demanda que requiere el crecimiento sostenido. La segunda víctima fue el modelo de sustitución de importaciones, también basado en el ahorro y la expansión del capital —orientado tecnológicamente hacia adentro. A pesar de su gran éxito inicial, este modelo pronto fue incapaz de sustituir bienes que requieren de un amplio mercado para su producción productiva. En México vivimos esta tragedia en los sexenios de Echeverría y de López Portillo. Las consecuencias fueron muy graves para Latinoamérica. El ahorro y el endeudamiento se desperdiciaron en inversión improductiva, con lo cual los Estados, al no obtener ingresos de los proyectos fracasados, fueron incapaces de pagar su deuda. La crisis de la deuda marcó el inicio del prolongado estancamiento que azota a la región.

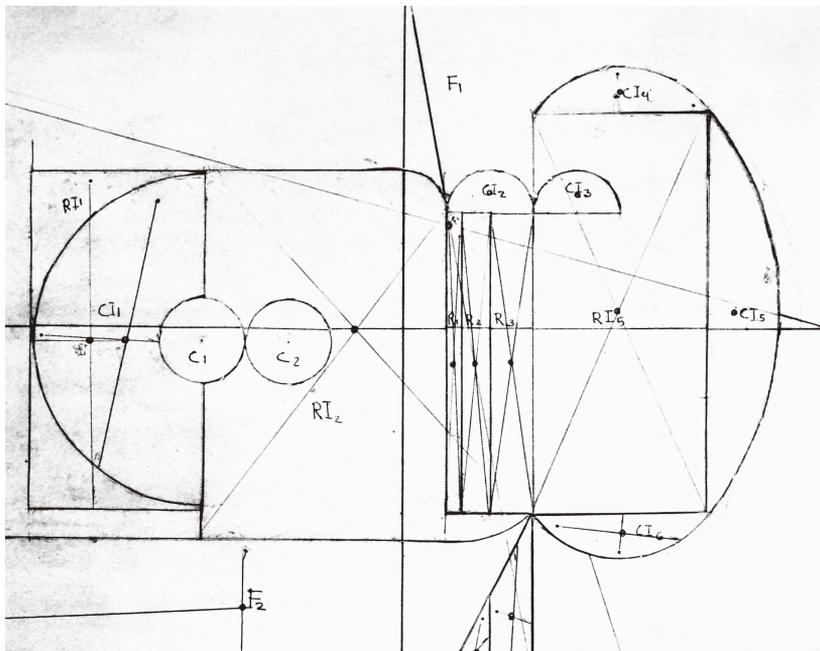
La tercera víctima de esta visión equivocada del desarrollo económico es el modelo de desarrollo occidental dependiente, que es el que proponen Castañeda y Aguilar Camín. Como los dos anteriores, este modelo se basa en el ahorro y la acumulación de capital, pero en contraposición auspicia la apertura económica y la reducción del Estado vía la privatización de los bienes de producción. Este modelo se basa en la teoría económica neoclásica. En el modelo neoclásico el ahorro se determina a nivel mundial por las preferencias intertemporales del consumidor; entre más dispuesto esté el consumidor a sacrificar su consumo presente, mayor ahorro habrá y por ende mayor acumulación de capital. Dado el capital el crecimiento económico se determina a partir de la productividad de la mano de obra mundial, la cual se define por la función de producción —la que resume todas las tecnologías disponibles en el momento a nivel mundial. De ahí se deduce que, si hay apertura económica, el capital se distribuirá eficientemente entre todos los países de acuerdo a



Manuel Felguérez, *Elemento que produce la evidencia*, tinta sobre papel, 1973



Manuel Felguérez, *Elemento que produce la evidencia*, acrílico sobre cartón, 1973



Manuel Felguérez, *Motivos transformados*, tinta sobre papel, 1973

la calidad de la mano de obra y otras condiciones específicas de cada país. En este modelo no hay instituciones económicas; son los fundamentos económicos tales como las preferencias intertemporales y la función de producción las que definen el equilibrio económico y por ende el potencial de crecimiento. El problema del modelo es que, al no contener instituciones, excluye por definición a las naciones, las culturas y las clases sociales. Pero en el mundo real las instituciones cuentan, y cuentan mucho.

La razón por la cual el capital no fluye indistintamente entre las naciones es que cada país tiene un conjunto de instituciones diferentes. En el mundo real el capital internacional y la tecnología no llegaron a México, a pesar del TLCAN. El capital no se fue a los países que adoptaron el modelo occidental dependiente, no fue a México, ni a Argentina, ni a los países comunistas en reconstrucción. El capital se fue a Asia y recientemente a China —un país comunista. ¿Por qué? Porque el modelo neoclásico puro no funciona, el capital no se distribuye libremente sino que se va a aquellos países que le ofrecen el arreglo institucional más idóneo a sus intereses. Y estos países han estado en Asia. Los países asiáticos adoptaron un modelo de desarrollo dependiente basado en la fortaleza de sus instituciones históricas y en la adopción de un conjunto nuevo de instituciones, concebidas específicamente para la recepción de capital internacional —así, en el extremo, en China conviven exitosamente comunismo y capitalismo.

En las décadas recientes hemos pagado muy caro el no tener un modelo competitivo adecuado a nuestra historia y a nuestra realidad, como sí lo tienen los países asiáticos. Pretendimos adoptar un modelo occidental, enfrentándonos una y otra vez a la imposibilidad de hacerlo. Sin un modelo competitivo, el capital y la tecno-

logía internacional no fluyen a México, se van a Asia. Asia nos exporta y nosotros con poco valor agregado interno exportamos a los Estados Unidos. El precio de no tener un modelo competitivo propio ha sido la raquítica y casi ridícula tasa de crecimiento de la economía mexicana de las últimas décadas. La riqueza producida anualmente por habitante sería más del doble si hubiéramos adoptado, como lo hicieron algunos países asiáticos, el modelo de desarrollo adecuado.

La ciencia económica contemporánea ha demostrado que los arreglos institucionales son decisivos; un número significativo de Premios Nobel en Economía recientes se han ocupado de la relevancia de las instituciones, entre ellos Nash, North, Coase, Williamson y Stiglitz. Necesitamos crear nuestro arreglo institucional competitivo identificando nuestras fortalezas. No se trata de desaparecer nuestras instituciones, sino de aprovecharlas y transformarlas. El ejemplo más aleccionador es la comparación entre China comunista y Rusia en su periodo de reconstrucción: Rusia deshizo sus instituciones, imitó a Occidente y culminó en un gran fracaso; China mantuvo su arreglo institucional histórico pero lo transformó para poder competir en el capitalismo global y fue un gran éxito.

Castañeda y Aguilar Camín señalan adecuadamente que hay que crecer para poder lograr las otras metas que nos proponemos. Más adelante dicen que la clave para crecer es el ahorro y la inversión. Pero como ya señalamos, esto no es suficiente; todos los modelos de desarrollo que fracasaron propusieron lo mismo. Los autores sin embargo van más allá y proponen “abrir la economía a la inversión y la competencia global y nacional” (p. 36). ¿Qué significa para ellos abrir la economía? En concreto, tres pasos: 1) La deconstrucción de los monopolios estatales. 2) Enfrentar al sindicalismo, particularmente el estatal. 3) Regular a las empresas privadas para evitar las altas concentraciones monopólicas.

La deconstrucción de los monopolios estatales fue una de las banderas centrales del intento de modernización de Latinoamérica y de los países comunistas de las últimas décadas. Sin embargo, los resultados de las privatizaciones fueron a todas luces inadecuados, como señala el propio Banco Mundial —los monopolios públicos se transformaron en privados y la renta pública pasó a las manos de unos cuantos. Además, el debilitamiento del Estado se traduce en una incapacidad de regular eficientemente a las empresas privadas. No es realmente necesario desaparecer a los monopolios estatales, se pueden insertar en un nuevo modelo competitivo como lo hizo China.

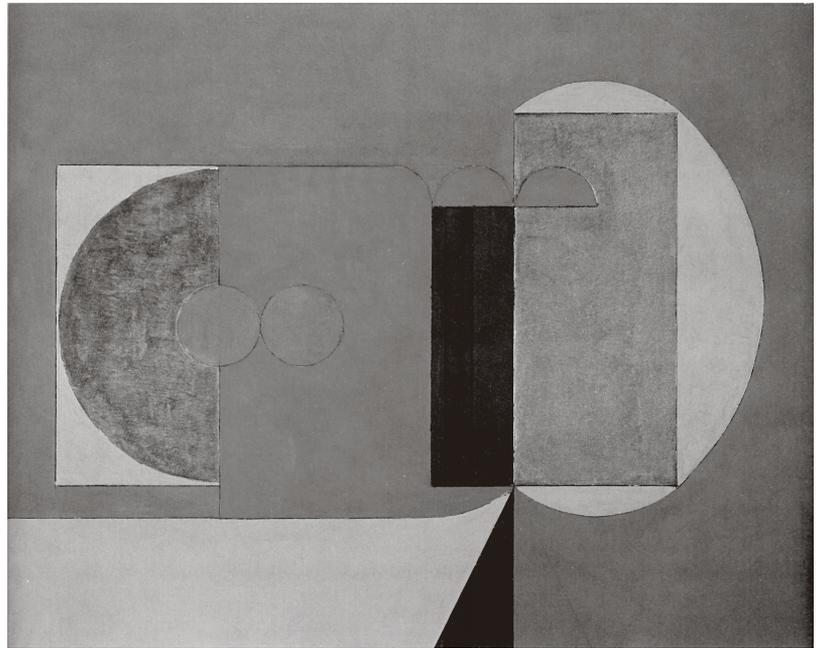
Pero la otra cuestión es: ¿Podemos desaparecer las altas concentraciones monopólicas privadas, deconstruir los monopolios estatales y además enfrentar al sindicalismo? ¿Cuál es la fuerza política que permite mo-

vilizaciones tan inmensas? Castañeda y Aguilar Camín afirman que “la base social que aspira a mover esta agenda es clara: la creciente clase media mexicana, vieja y nueva...” (p. 35). Aquí está sin lugar a dudas el talón de Aquiles del ensayo de estos autores. En México, la existencia de una amplia clase media es una aspiración, pero no una realidad. La debilidad del sistema judicial, las dificultades del proceso democrático, el excesivo poder de las clases altas, los bajos impuestos, la mala distribución de la riqueza y el peso mayoritario de las clases bajas son nuestra irrefutable realidad —México definitivamente no es un Estado desarrollado con una amplia clase media. La clase media no podrá sustentar las dramáticas movilizaciones propuestas por Castañeda y Aguilar Camín.

La solución de Castañeda y Aguilar Camín para México es suponer que somos un país diferente, que somos un país occidental —el ejercicio intelectual propuesto por estos autores consiste en que, primero, nos olvidemos de nuestro pasado, luego nos dotemos artificialmente de una clase media amplia y finalmente usemos esta clase media para destruir las instituciones que nos caracterizan y crear nuevas, similares o idénticas a las occidentales. Para cuando terminamos este ejercicio intelectual ya no somos México.

Castañeda y Aguilar Camín están en lo correcto cuando señalan que, para combatir la pobreza el mejor camino es crear riqueza, para poder distribuir hay que crecer. Pero precisamente por esto es indispensable la crítica al modelo de crecimiento que endosan, un modelo que no funciona y por lo tanto imposibilita de entrada lo que proponen o desean.

Nuestra propuesta es desarrollar un modelo competitivo propio, basado en nuestras instituciones históricas, un nuevo arreglo institucional que nos integre eficientemente al mercado mundial. El objetivo de corto plazo es generar valor agregado nacional, dejar de ser un país de paso. Tenemos que desmitificar el éxito asiático. La calidad y el precio de la mano de obra mexicana son excelentes y compiten contra cualquiera —lo que está mal es nuestro modelo competitivo. Los monopolios estatales, como en China, deben ser rediseñados para ayudar al nuevo modelo competitivo. Luego, los monopolios privados deben ser regulados, pero sobre todo deben ser convencidos de participar en el nuevo modelo. No puede haber un modelo competitivo exitoso si no integra a los empresarios. En Japón, en Corea y en Singapur los gobiernos no se empeñaron en desaparecer los monopolios privados, sino en reorientarlos a la competencia hacia afuera; en estos países los monopolios privados fueron esenciales para el nuevo modelo competitivo. En Japón las nueve *Soga Shoshas* (grandes sociedades de comercio) principales llegaron a manejar casi la mitad de las exportaciones, la tercera parte de las im-

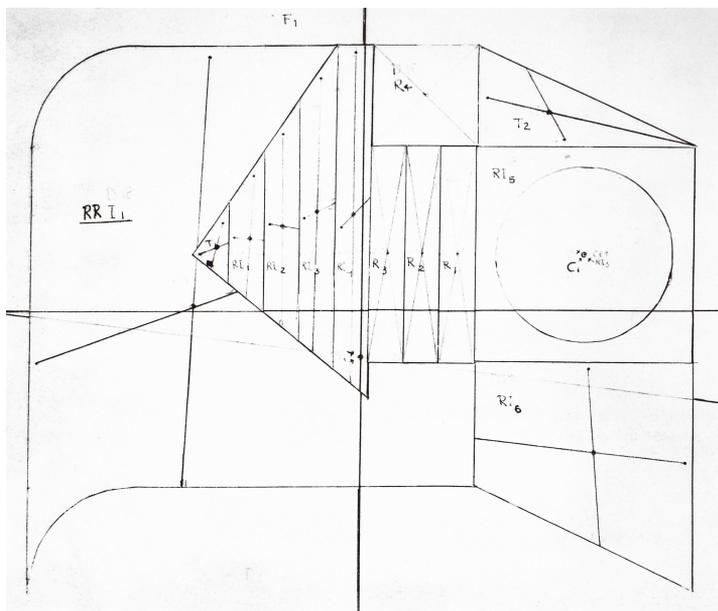


Manuel Felguérez, *Motivos transformados*, acrílico sobre cartón, 1973

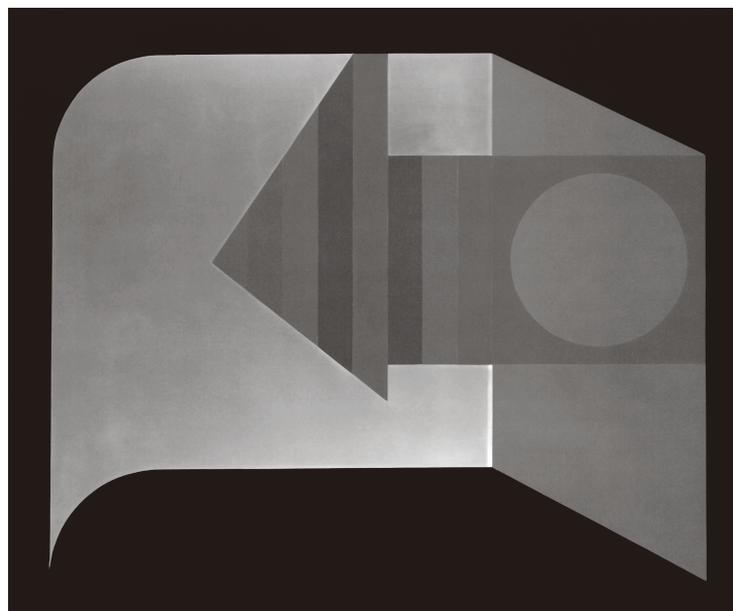
portaciones y un poco menos de la quinta parte de las ventas domésticas de mayoreo (Obregón, 1997, p. 234). Singapur es famoso por haber logrado la cooperación de los empresarios. Lula en Brasil, a pesar de ser un líder de izquierda, entendió la necesidad de convencer a los empresarios de que participen. Finalmente, en relación a los sindicatos, su fuerza relativa en Europa es mucho mayor que en Estados Unidos; sin embargo, Alemania ha encontrado la forma de hacerlos participar en el modelo económico competitivo —los sindicatos tienen asiento en los consejos de las empresas y participan en las decisiones importantes (Obregón, 1997, p. 256). El punto central es que hay que partir de las instituciones que se tienen y usarlas para crear un nuevo arreglo institucional competitivo.

Castañeda y Aguilar Camín tienen razón al destacar que la productividad en México ha sido excesivamente baja; sin embargo, sus explicaciones no son convincentes: la atribuyen a la falta de competencia, a un mercado de trabajo distorsionado y a que más del 60 por ciento de los trabajadores del país son informales. Nadie tiene un mercado de trabajo más distorsionado que Europa, y es productiva. Los trabajadores informales son un problema de recaudación fiscal pero no de productividad. Y la falta de competencia interna tampoco es el problema. El problema, insistimos, es que no tenemos un modelo industrial competitivo. Mientras no generemos valor agregado interno y participemos en la tecnología de punta nunca tendremos productividad.

Castañeda y Aguilar Camín tienen razón: necesitamos una nueva identidad. Sin embargo, la solución no es volvernos occidentales y olvidar nuestro pasado, como ellos proponen. Detrás del modelo asiático hay un acuerdo nacional para el crecimiento económico que refuerza la pertenencia social histórica de cada nación me-



Manuel Felguérez, *Signo convexo*, tinta sobre tela, 1973



Manuel Felguérez, *Signo convexo*, laca sobre tela, 1973

diante el compromiso de unirse para competir con el exterior. En todos los casos el modelo competitivo —a la vez que creó nuevas instituciones orientadas a la competencia— fortaleció y usó instituciones locales tradicionales. Es realzando nuestro pasado que podemos lograr ser competitivos, no olvidándonos de él. Necesitamos re-dibujarnos, no desdibujarnos. La única manera de tener éxito en el mundo globalizado es competir como una nación unida.

La ausencia de una política industrial ha llevado a México a un crecimiento económico sumamente lento. La apertura hizo crecer las importaciones a tal grado que el valor agregado contenido en las exportaciones ha sido mínimo. La política industrial asiática estimula los dos ejes de crecimiento. Las exportaciones son el eje básico del modelo de crecimiento asiático, pero al mismo tiempo defienden eficientemente el crecimiento del mercado interno, mediante una política de valor agregado que obliga a las empresas internacionales a adquirir insumos locales, mediante una serie de regulaciones que —sin ser tarifas— dificultan el crecimiento de las importaciones, y mediante un tipo de cambio subvaluado. Sin un modelo competitivo industrial México no podrá tener el adecuado crecimiento económico.

Castañeda y Aguilar Camín nos proponen que avancemos con decisión hacia la construcción de una integración económica de América del Norte. El riesgo de tomar esta idea demasiado en serio es enfocar nuestras energías en un camino con pocas probabilidades de éxito. No es claro cuál sería el beneficio para los Estados Unidos y por lo tanto resultaría políticamente inaceptable para ellos. Además, la idea seguramente sería ampliamente desaprobada en México. Por otra parte, desarrollar un fuerte modelo competitivo mexicano no se contrapone a considerar en el futuro la pertenencia a una integración económica de América del Norte.

Castañeda y Aguilar Camín tienen razón en la necesidad de políticas sociales y de educación específicas. Sin embargo, la política social que se seleccione tiene que estar estrechamente coordinada con el modelo económico competitivo. En cuanto a la educación, sólo es relevante cuando se vincula con un modelo específico de desarrollo competitivo.

México tiene tres problemas centrales: seguridad, gobernabilidad y crecimiento económico. Los tres problemas están interrelacionados. Este artículo se enfoca fundamentalmente en el problema del crecimiento económico, pero es conveniente hacer una breve mención de los otros dos problemas. La gobernabilidad requiere de instituciones y un pacto social que vayan más allá de la democracia; la democracia es indispensable para el adecuado futuro de México, pero no es suficiente. La democracia tiene que ser sostenida y fortalecida por instituciones permanentes que trasciendan el poder transitorio que proviene del éxito electoral. La gobernabilidad del país requiere de un pacto social amplio, que le dé perspectiva y sentido al futuro de México y en el cual deben participar todos los partidos, y más allá de los partidos, la sociedad en su conjunto. México como nunca requiere de liderazgo y de la participación abierta de toda la ciudadanía. En cuanto al problema de la seguridad, aun cuando yo no soy un experto en la materia, cada día parece más evidente que el único camino es el de legalizar las drogas.

Así, concluyo esta reflexión señalando que quien gane las elecciones en 2012 no sólo deberá preocuparse por su capacidad de maniobra política, sino por establecer un amplio acuerdo nacional que incluya los más diversos grupos de interés. Debemos lograr un gran consenso nacional para competir con el exterior, y éste debe ser el compromiso que deben exigir los votantes. **U**